

INTRODUCCIÓN

Durante muchos años creí que el verdadero desafío consistía en encontrar una inversión capaz de hacer crecer mi patrimonio.

Como les ocurre a millones de personas al comenzar su vida laboral, yo también caí en la conocida trampa del consumo y las deudas. Ahorrar parecía una buena intención que siempre terminaba postergándose para el mes siguiente.

Con el tiempo comprendí una verdad que cambiaría por completo mi manera de mirar el dinero. El verdadero valor del capital no está en la cantidad que representa, sino que está en la libertad que proporciona. Libertad para decidir, para enfrentar imprevistos, para emprender proyectos. Y, sobre todo, libertad para permitir que el tiempo trabaje a nuestro favor.

Cuando comprendí esa idea apareció una sensación difícil de describir. Había llegado tarde. Los mejores años para formar un capital ya habían pasado.

Y fue precisamente esa frustración la que me empujó hacia la Bolsa. Al comienzo hice lo que hace casi todo inversionista. Busqué la acción perfecta. Leí manuales. Escuché expertos. Probé distintos caminos.

Durante años perseguí respuestas convencido de que el éxito dependía de encontrar una mejor técnica para anticipar el comportamiento del mercado.

Con el tiempo descubrí que estaba buscando en el lugar equivocado. La Bolsa nunca fue el verdadero problema. Tampoco lo eran las acciones. Ni siquiera la incertidumbre.

El verdadero problema era mucho más profundo.

Nadie me había enseñado a administrar un capital. Ésa fue la pregunta que comenzó a cambiarlo todo.

No cómo elegir mejores acciones. No cómo adivinar el próximo movimiento del mercado. Sino algo mucho más simple y, al mismo tiempo, mucho más desafiante.

¿Existe una forma de organizar un capital para que pueda crecer de manera consistente dentro de un mercado que siempre será incierto?

Durante muchos años esa pregunta me acompañó silenciosamente. Cada error aportaba una pista. Cada acierto revelaba una pequeña parte del camino.

Poco a poco dejé de observar las operaciones individuales y comencé a mirar el comportamiento del capital como si se tratara de un sistema vivo.

Fue entonces cuando comprendí que quizás el verdadero desafío no consistía en vencer la incertidumbre. Consistía en aprender a convivir con ella.

Este libro nació precisamente de esa búsqueda. No pretende ofrecer fórmulas mágicas ni promesas de riqueza inmediata.

Propone una manera distinta de observar el capital.

Una forma de comprender que, cuando existe una estructura adecuada, la incertidumbre deja de ser solamente una amenaza y puede transformarse en parte natural del proceso de crecimiento.

Las páginas que siguen no son el relato de un éxito instantáneo.

Son el resultado de muchos años de observación, errores, aprendizajes y una convicción que fue madurando lentamente.

Que el capital, al igual que muchos sistemas de la naturaleza, también puede aprender a reorganizarse y evolucionar.

Y esa idea cambió para siempre mi forma de invertir.
Quizás también pueda cambiar la tuya.